Bajo la sombra de la Shekinah
Roy Gane

Capítulo Cinco

Retos en el camino
(Números 11, 12)

Advertencia para los inconformes

Unas pocas horas después de iniciar un viaje que duraría muchos días, una vocecita preguntó: —Papi, ¿ya casi llegamos?

—No, querido, acabamos de salir de la casa —fue la respuesta.

Una hora más tarde:

—Papi, ¿ya casi llegamos?

—No, este viajará nos llevará mucho tiempo.

Media hora más tarde, volvió a oírse la voz quejumbrosa e impaciente:

—Papi, ¿ya casi llegamos?

—No, querido.

Finalmente, un grito de protesta:

— ¡Ya estoy harto de todo esto! ¡Quiero ir a mi casa ahora!

Los israelitas marcharon durante algunos días, con el arca del pacto del Señor al frente y su nube encima de ellos (Números 10:33, 34). Sin embargo, viajar por el terreno escabroso de la península del Sinaí era mucho más difícil que acampar en una planicie despejada frente al monte del Señor. Así que algunos comenzaron a quejarse, culpando a Moisés por su incomodidad y cuestionando la sabiduría de su liderazgo. Su reacción no pasó desapercibida para el Señor, quien consideró aquello como una ofensa personal, porque él estaba al frente de todo y hacía cuanto era menester a favor de su pueblo. Así que prendió fuego al campamento y quemó uno de

© Recursos Escuela Sabática

los extremos (Números 11:1; *cf.* Éxodo 3:2, una zarza ardiendo que no se consumía). Por eso, Moisés puso por nombre al lugar Tabera, «porque el fuego de Jehová se encendió en ellos» (Números 11: 3).

El fuego del Señor podía ser amigable, como cuando consumió los sacrificios inaugurales sobre el altar (Levítico 9: 24). Pero los israelitas sabían muy bien lo que su potente fuego era capaz de hacer cuando Dios estaba airado. Había ejecutado trágicamente a dos de sus sacerdotes cuando no siguieron importantísimas instrucciones (Levítico 10:1, 2). Así que el fuego que prendió en medio del campamento debe de haberlos turbado gravemente.

El texto no dice lo que el fuego del Señor quemó en uno de los extremos del campamento. Sin embargo, está claro que aquella sección, fuera del centro del campamento de las doce tribus, era donde la «multitud mixta» tenía sus tiendas. Así que, al parecer, podemos deducir que eran ellos los más dados a las quejas.

La multitud mixta, que había salido de Egipto junto con los israelitas (Éxodo 12:38), no estaba compuesta por israelitas ni de descendencia de israelitas casados con egipcios (Levítico 24:10). Al parecer, la demostración del poder de Dios a favor de su pueblo los había impresionado, y habían decidido echar su suerte con Israel. Su falta de «pedigrí» que los identificara para estar entre los elegidos, los descendientes de Jacob, no era un problema para Dios, y Dios les permitió unirse a los israelitas en la búsqueda y disfrute de las bendiciones del pacto. Pero una vez que hicieron su decisión de seguirlo, él esperaba que vivieran bajo su liderazgo como el resto de la comunidad del pacto.

La multitud mixta no había sufrido los rigores de la esclavitud, como los israelitas. Así que ellos no se habían acostumbrado a las pruebas y al esfuerzo físico excesivo que tuvieron que enfrentar en el camino a Canaán. Además, su cosmovisión y su religión eran, mayormente, egipcias y paganas. La cultura y el pensamiento egipcio también habían afectado a Israel, por lo cual habían perdido aspectos importantes de su herencia singular. Pero habían permanecido suficientemente separados como para preservar en alguna medida su identidad especial como pueblo de Dios. La multitud mixta no tenía mucho de esto, o nada. Así que el Señor era un extraño para ellos, y todavía no habían desarrollado su lealtad hacia él.

Tabera no fue el primer lugar donde la comunidad israelita se quejó. Cuando en el mar Rojo apareció en el horizonte el ejército del faraón, ellos clamaron al Señor (Éxodo 14:10) y entonces dijeron a Moisés: «¿No había sepulcros en Egipto, que nos has sacado para que muramos en el desierto?

© Recursos Escuela Sabática

¿Por qué nos has hecho esto? ¿Por qué nos has sacado de Egipto? Ya te lo decíamos cuando estábamos en Egipto: Déjanos servir a los egipcios, porque mejor nos es servir a los egipcios que morir en el desierto» (versículos 11, 12).

¿Tumbas en Egipto? Por supuesto. Egipto estaba lleno de tumbas, algunas de las cuales ya eran antiguas entonces y todavía siguen siendo las más destacadas del mundo: las pirámides. Era una tierra que veneraba la muerte. La última de las diez plagas que envió Dios, que hirió a los primogénitos de Egipto, produjo suficientes muertos para venerar y para llenar una enorme cantidad de tumbas (Éxodo 12:29, 30).

Las palabras «¿No había sepulcros en Egipto?» eran una forma retórica de acusar a Moisés de ser un necio al llevarlos fuera de Egipto solo paja sepultarlos. Fue una acusación que Moisés escucharía muchas veces después: Según la multitud mixta, el liderazgo de Moisés estaba conduciendo al desastre a los israelitas, y todos habrían estado mejor siendo esclavos bajo el dominio del faraón. La ausencia de la patria hace que el corazón aumente el deseo de estar en su tierra: «¡Quiero irme a mi casa ahora!»

Al culpar a Moisés, los israelitas ignoraban el hecho de que él solo estaba siguiendo las órdenes de Dios. Así que en realidad insinuaban que Dios era un necio. No es necesario decir que aquello era una gravísima blasfemia.

Quejarse contra Dios, el hecho mismo, no es necesariamente malo. Hombres de Dios, como Job, David y Habacuc, expresaron su descontento, su irritación, su frustración e, incluso, su violento enojo (Job 3; Salmo 109; Habacuc 1:1-2:1) contra Dios. Nuestra confianza en la sabiduría y el amor de Dios puede fallar, pero él comprende que el estrés severo puede confundirnos. Si llevamos a él nuestros problemas, no importa cuál sea nuestro estado mental, reconocemos su liderazgo en nuestra vida y entonces puede ayudarnos.

Un terrible choque en la autopista, cerca de San Francisco, en 1982, causado por un joven drogado y ebrio, casi nos mató a mi esposa y a mí. Su Chevy Nova cruzó la franja central de la autopista 580 y se estrelló contra un Volkswagen. El choque mató instantáneamente a la conductora, aplastó a sus dos hijas, y lanzó su automóvil sobre el maletero de nuestro pequeño Datsun B-210. Luego otro vehículo, que venía detrás de nosotros, hizo un surco profundo en un arcén elevado al lado de la carretera, gracias a lo cual no nos pasó por encima. Su enorme estructura se sacudió violentamente y se detuvo a escasos cinco metros de nuestro destrozado vehículo. Sobresalta-

dos, Connie y yo nos abrazamos, comprendiendo que un milagro divino nos había permitido sobrevivir, por fracciones de segundo, a aquel desastre.

Connie sufrió conmoción cerebral; a mí se me fracturó una costilla; y ambos teníamos traumatismo cervical y lesiones en la espalda. Pasó bastante tiempo para que se disiparan los efectos completos de nuestro trauma. Éramos solo estudiantes y llevábamos tiempo luchando por sobrevivir a duras penas. El accidente acabó con nuestros nervios y con nuestra energía física, y ya no pudimos mantenernos a flote económicamente. Mi objetivo de hacer un doctorado, como preparación para la carrera a la que Dios me había llamado, parecía imposible de alcanzar. Yo estaba confundido, y me sentía frustrado, enojado, profundamente deprimido e indignado al culpar a Dios por la situación. Sin embargo, mis quejas, al menos implícitamente, las presentaba ante Dios como el Señor de mi vida, y él nos sacó adelante. Aprendí a confiar en él porque nunca nos abandonó, ni cuando las cosas se pusieron difíciles.

En el mar Rojo los israelitas enfrentaron un peligro mortal, y ellos clamaron a Dios (Éxodo 14:10). Eso era completamente comprensible. Sin embargo, cuando se volvieron a culpar a Moisés, sus quejas tomaron un rumbo desagradable porque estaban negando el liderazgo de Dios (versículos 11-12). No obstante, él pasó por alto el insulto y los libró de manera espectacular (versículos 19-30). Fue paciente con ellos porque eran «bebés» en la fe; y su estrategia tuvo el efecto deseado: «Al ver Israel aquel gran hecho que Jehová ejecutó contra los egipcios, el pueblo temió a Jehová, y creyeron a Jehová y a Moisés, su siervo» (versículo 31).

Por desgracia, aquello no fue el final de sus quejas. Entre el mar Rojo y el monte Sinaí los israelitas se quejaron contra Moisés (o Moisés y Aarón) varias veces más, cuando les faltó agua y comida. En cada caso, el Señor atendió milagrosamente su necesidad y no los disciplinó (Éxodo 15:22-25; 16:2-36; 17:1-7). En la última de estas ocasiones, los israelitas «tentaron a Jehová al decir: "¿Está, pues, Jehová entre nosotros o no?"» (Éxodo 17:7). Aquí está la pregunta básica que sobreentendían cada vez que se quejaban. Ahora estaba claro. Sabían lo que estaban haciendo, y la próxima vez serían responsables de ello.

Sucedió un año después en Tabera (Números 11:1). El Señor había hecho mucho por los israelitas durante ese año. Los había ayudado a ganar la victoria sobre los amalecitas en Refidim (Éxodo 17:8-16), proclamó sus Diez Mandamientos desde el monte Sinaí (Éxodo 20), promulgó leyes adicionales por medio de Moisés (Éxodo 21-23), estableció su pacto con ellos como un pacto sellado con sangre (Éxodo 24), dio los planos para la construcción del

© Recursos Escuela Sabática

santuario (Éxodo 25-31), y renovó el pacto con ellos (Éxodo 33; 34) después de que ellos lo hubieran quebrantado adorando a un becerro de oro (Éxodo 32). Cuando los israelitas terminaron el santuario y el Señor se instaló allí (Éxodo 35-40), les dio instrucciones detalladas para el culto y la pureza (Levítico 1-17) y para un estilo de vida santo y saludable (Levítico 18-27). Organizó al pueblo y su campamento y les dio más instrucciones en preparación para su conquista de Canaán (Números 1-10). Mientras tanto, ellos dependían totalmente de él para su provisión diaria de alimento, por medio de un milagro: el maná (Éxodo 16).

Los israelitas ya no eran una pandilla de esclavos fugitivos. Ahora eran una nación bien constituida, responsable ante Dios de guardar su parte del pacto que voluntariamente habían contraído. Él los había defendido y alimentado, y les había dado de beber. Y había morado entre ellos. Por ello, no tenían ninguna excusa ni siquiera para insinuar la pregunta: «¿Está el Señor entre nosotros o no?»

Todo lo anterior es el trasfondo para la respuesta del Señor a sus quejas en Tabera, donde los disciplinó por primera vez por sus murmuraciones. Si leemos este episodio aislado de su contexto podemos tener la impresión de que el Señor reaccionó en una forma exageradamente dura. En realidad, fue misericordioso al darles un «toque de advertencia» que tardarían en olvidar.

Irónicamente, el fuego divino se apagó únicamente cuando los israelitas clamaron a Moisés por ayuda, y él oró al Señor por ellos (Números 11:2). Si sus quejas habían seguido el patrón usual, estas estaban dirigidas contra Moisés. Como ocurrió a los amigos de Job (Job 42:7-9), descubrieron que dependían de uno a quien habían malinterpretado para que intercediera por ellos. Antes de que Dios aceptara su arrepentimiento, tuvieron que confesar humildemente ante Moisés que se habían equivocado.

Si tenemos problemas con alguien, no podemos evitar la reconciliación con esa persona yendo directamente a Dios. Jesús dijo: «Por tanto, si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda» (Mateo 5:23, 24). No era un concepto nuevo. De acuerdo con las instrucciones de Dios, los israelitas que defraudaban a otra persona eran responsables de devolver lo que habían tomado o guardado indebidamente, más el veinte por ciento (Levítico 6:1-5). Hacer ese tipo de reparación requería, naturalmente, la confesión a la persona ofendida (cf. Levítico 5:5). Solo después de arreglar las cosas con esa persona se le permitía al pecador ofrecer un sacrificio al Señor y recibir el perdón (Levítico 6:6, 7).

© Recursos Escuela Sabática

Zaqueo comprendió que obtener el perdón de Dios no significaba declarse en quiebra para no pagar nuestras obligaciones con otras personas. Por eso prometió: «Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguien, se lo devuelvo cuadruplicado» (Lucas 19:8). Jesús aceptó su promesa, al responder: «Hoy ha venido la salvación a esta casa, por cuanto él también es hijo de Abraham, porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido» (versículos 9, 10).

Ciertamente, ¡la confesión es buena para el alma! Dios enseñó eso a los israelitas en Tabera, donde a duras penas escaparon del fuego divino. También da al resto de la raza humana una oportunidad de aprenderlo antes que el fuego llegue a nuestro vecindario, el planeta Tierra, y consuma a aquellos que rechazan la intercesión de su Hijo unigénito (Hebreos 4:14-16; 7:25; 1 Juan 1:9; Apocalipsis 14:9-12; 19:20; 20:9-15; 21:8).

Deseo desordenado por las ollas de carne

Por desgracia, la terrible advertencia de Tabera no fue suficiente para los israelitas. Cuando las cosas se enfriaron, volvieron a lo mismo. «La gente extranjera que se mezcló con ellos se dejó llevar por el hambre, y los hijos de Israel también volvieron a sus lamentos, diciendo: "¡Quién nos diera a comer carne! Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos. ¡Ahora nuestra alma se seca, pues nada sino este maná ven nuestros ojos!"» (Números 11:4-6).

Los quejumbrosos eran la «multitud mixta» (*cf.* Éxodo 12:38). La Biblia apenas declara el papel que desempeñaron en Tabera (ver arriba), pero aquí está claro. Aquella multitud mixta incitó el motín de la glotonería. No es que estuvieran hambrientos. Ya habían tenido abundancia de deliciosa y nutritiva comida, perfectamente diseñada para su salud por el dietista divino (véase Éxodo 16:31 y Números 11:8 en lo que respecta al sabor). Él prometió que si cooperaban con todas sus indicaciones, no sufrirían ninguna de las enfermedades que afligían a los egipcios (Éxodo 15:26). Tampoco había nada malo en el servicio: Dios mismo era el proveedor, y siempre servía a tiempo.

La chusma se quejó cuando su estómago empezó a exigir «la comida de mamá en la vieja tierra de Egipto». ¡Oh, sí!, había pescado, melones y verdura sanísima. Pero aquellos eran los platos secundarios. El tema principal era la carne. Olvídense de la granola celestial aquí en el desierto. Dennos *McDonald's*, *Kentucky Fried Chicken*, y carne asada casera. ¡No estamos

obteniendo nuestro requerimiento mínimo diario de colesterol y carcinógenos! Innecesario es decir que hacer el feo al maná de Dios fue un enorme insulto contra él.

Los israelitas habían vivido una vida más dura en Egipto que la multitud mixta, así que no recordaban tanto lujo. Pero muy pronto el descontento se esparció entre ellos, y el gimoteo se transformó en llanto, como si estuvieran muriéndose de hambre.

El pueblo no necesitó ninguna publicidad comercial que le dijera que satisficiera su apetito, en lugar de satisfacer sus necesidades con lo que era bueno para ellos. Aquella preocupación por la dieta era glotonería. Glotonería no solo es comer demasiado en general, sino también desentenderse de la salud en aras del gusto y del apetito, que fácilmente pueden llegar a pervertirse. Por ello, la glotonería es uno de los pecados cardinales de algunas acaudaladas sociedades modernas, como la de Estados Unidos. El costo en sufrimiento, pérdida de trabajo y tratamiento médico es extraordinario.

También es problemático seguir deseando algo que podría ser nutricionalmente bueno, pero que no está disponible, a no ser que seamos indiferentes a la conducción del Señor. Dios hizo el «árbol del conocimiento del bien y del mal» en el jardín del Edén. Eva tenía razón, indudablemente, cuando vio que el árbol era bueno para comer (Génesis 3:6). Pero eso no hacía que comerlo fuera correcto, porque Dios lo había prohibido (Génesis 2:17). La multitud mixta y los israelitas desearon algunos alimentos saludables: pepinos, melones, puerros, cebollas y ajo. Pero quedaban atrás en Egipto y no crecían en el desierto por donde el Señor los estaba guiando. Desearlos significaba desear Egipto, lo cual significaba, a su vez, no querer ir con Dios a la tierra prometida.

Era natural que el Señor se enojara. Moisés también se enojó (Números 11:10). Ahora los israelitas estaban en peligro mortal. Después del incidente del becerro de oro, Moisés había intercedido por ellos al decir a Dios: «Te ruego que perdones ahora su pecado, y si no, bórrame del libro que has escrito» (Éxodo 32:32). En Tabera de nuevo había orado para intervenir a favor de ellos (versículo 2). Ahora, ciertamente, habló con el Señor, pero su interés en la intercesión había muerto de muerte natural. El pueblo había sido totalmente irrazonable. Su falta de disposición a aprender era intolerable, aun para el hombre más paciente. Moisés culpó al Señor por poner la carga de toda esa inmadura multitud sobre él. Para salir de esa miserable situación, deseó morir también, pero no de muerte natural (versículos 11-15).

Moisés no ha sido el único pastor desanimado en la historia. Elías, quien huyó de la reina bruja Jezabel, se sentó bajo un enebro, y oró para que Dios le quitara la vida (1 Reyes 19:4). Isaías estaba angustiado por el estado moral de su nación que «desde la planta del pie hasta la cabeza no [había en ella] cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga» (Isaías 1:6).

El Señor se preocupa por sus ministros desalentados, y es admirablemente bondadoso con ellos. Sabe, por experiencia, lo que sienten cuando la gente les hace pasar momentos difíciles. En lugar de rechazarlos, les da con sensibilidad lo que necesitan para animarlos a fin de que continúen. Después de la aflicción del episodio del becerro de oro, dio a Moisés una vislumbre de su gloria (Éxodo 33:18; 34:8). Y después de la huida extenuante de Elías, un ángel le trajo dos veces comida y agua (1 Reyes 19:5-8), y el Señor mismo le reveló su plan para él con una voz suave y apacible (versículos 12-18). Cuando Isaías era joven y su motivación para el ministerio casi había perecido ante obstáculos aparentemente insuperables, Dios recargó su batería espiritual con una maravillosa visión de la gloria divina en el templo (Isaías 6).

Dios también se preocupa de sus pastores modernos. Bill Allison llegó a ser pastor a la edad de veintidós años y tuvo un difícil comienzo. Cuenta así lo que pasó:

«En la primera semana en aquella iglesia como pastor juvenil, cada una de las personas que habían votado contra mi venida a la iglesia decidieron visitarme en casa. Acudieron a mi despacho uno a uno, y dijeron las cosas más hirientes que nadie pueda imaginar, haciendo cuanto podían por desanimarme. (¿Ha notado que algunas personas en la iglesia parecen creer que intimidar y criticar son sus dones espirituales, y que quieren usarlos contra usted?) "Usted nunca gustará a los estudiantes", bufó uno, mientras yo imaginaba que ya veía cuernos incipientes que comenzaban a salirle en la cabeza. Una señora me dijo, en términos indeterminados, que yo "no estaba haciendo la voluntad de Dios" al aceptar aquella responsabilidad, y estaba tan enfadada que logró que el rabo se le enredara en la puerta de mi despacho cuando salió como un ventarrón. Mientras sostenía bien agarrado su tridente, otro me dijo terminantemente: "Usted va a arruinar esta iglesia". Con excepción de los cuernos, el rabo y el tridente, todo en esta historia ocurrió como lo he contado».

En lugar de darse por vencido, Allison pidió al Señor específicamente que le diera lo que necesitaba para continuar en su obra. Dios suplió esas necesidades desde entonces. [1]

En respuesta a la amarga queja de Moisés cuando los israelitas se quejaron del maná y demandaron carne (Números 11: 1-16), el Señor les dio dos soluciones prácticas: ambas requerían su intervención milagrosa. Primero, puso su Espíritu sobre setenta ancianos escogidos, individuos reconocidos por su gente como líderes. Ellos ayudarían a Moisés a llevar la carga de la administración (vers. 16, 17, 24-30). Así Moisés podría delegar responsabilidades, facilitar la comunicación con los diferentes segmentos de la nación israelita por medio de sus representantes, y permitir al amplio y poderoso comité compartir la culpa cuando los israelitas vinieran con sus quejas contra su liderazgo. Ya no sería la de Moisés la única vara relampagueante objeto de toda crítica.

Cuando el Espíritu vino sobre los ancianos, profetizaron en el momento, pero no después (vers. 25-30). La Biblia no registra lo que dijeron. Lo importante era el hecho de profetizar, más que lo que dijeron. Ello mostraba que Dios los había aceptado en su nueva función de asistentes de Moisés. Los líderes asociados y apartados por Dios y validados por el Espíritu Santo son buenos también para la iglesia cristiana moderna (*cf.* con los setenta discípulos de Jesús, Lucas 10). No es bueno colocar demasiada carga sobre nadie. Los que son elegidos ya deberían ser líderes acreditados entre los grupos que representan. Nunca han de ser personas desconocidas, artificialmente impuestas sobre esos grupos.

La segunda solución práctica de Dios fue dar a los israelitas lo que pedían: carne, y en abundancia. Cuando le dijo a Moisés que planeaba darles más carne de la que ellos podrían comer cada día durante un mes, Moisés no lo podía creer. La logística para proveer esa cantidad de carne para los seiscientos mil hombres, más las mujeres y los niños, estaba más allá de su comprensión (Números 11:18-22). Sin embargo, él era el mismo Moisés que, de pie junto a la orilla del mar Rojo, había anunciado: «No temáis; estad firmes y ved la salvación que Jehová os dará hoy, porque los egipcios que hoy habéis visto, no los volveréis a ver nunca más» (Éxodo 14:13). Moisés había estado involucrado en asombrosos milagros, así que debiera haber sabido ahora que nada era imposible para Dios cuando había una necesidad verdadera. Sin embargo, ¿por qué el Señor querría obrar un milagro de tal magnitud solo para contestar una queja trivial?

---

1 http://timschmoyer.com/2008/01/15/leading-when-you-want-to-quit-1-de-4/

© Recursos Escuela Sabática

El milagro no fue simplemente por la comida. El Señor no podía guiar a su pueblo a la victoria en la tierra prometida mientras todavía estaban deseando la vida en Egipto, bajo un gobierno opuesto a él. Un ejército que no estuviera contento con la comida huiría ante un poderoso enemigo. Si los israelitas no podían vivir sin carne ahora, pronto llegarían a ser carne muerta. Así que necesitaba enseñarles una lección de proporciones bíblicas al darles lo que ellos querían, de modo que se dieran cuenta de su propia insensatez. Envió a Moisés a anunciarles que tendrían carne para un mes, «hasta que os salga por las narices y la aborrezcáis, por cuanto menospreciasteis a Jehová, que está en medio de vosotros, y llorasteis delante de él, diciendo: "¿Para qué salimos de Egipto?"»

La estrategia del Señor fue como la que usó un padre cuyo hijo joven quería probar el cigarrillo. El padre decidió curar de una vez y para siempre su curiosidad de fumar. Así que encendió un cigarrillo, lo puso en la boca del muchacho, y le ordenó que lo aspirara profundamente. Rápidamente el muchacho trató de quitárselo, pero su padre lo obligó a que fumara todo el cigarrillo hasta que sus ojos y narices parecían ríos, jadeando por falta aire y tosiendo violentamente. La experiencia fue tan horrible que nunca más intentó volver a fumar.

La carne vino en forma de codornices, que llegaron en inmensa cantidad y volando lo suficientemente bajo, cerca del suelo (aproximadamente a un metro), en todo el campamento de los israelitas, para que estos pudieran cazar fácilmente a las indefensas aves. El pueblo estaba tan ansioso de comer carne que las estuvieron matando todo el día, toda la noche, y todo el día siguiente. Cada uno de ellos juntó un mínimo de «dos toneladas» (Números 11:32, NVI). Si cada uno juntó dos toneladas, entre todos recogieron más de un millón doscientas mil toneladas. Hay quienes calculan que los israelitas mataron ¡más de seiscientos sesenta mil millones de codornices! Debe de haber habido aves muertas alrededor del campamento más allá de donde alcanzaba la vista.

Es cierto que muchas codornices migran sobre la península del Sinaí, la cual forma un puente entre África y Asia. Con sus pesados cuerpos, dependen de los vientos para ayudarse en sus prolongados vuelos, que las agotan. Se sabe que a principios del siglo XX los árabes de esa región cazaron de uno a dos millones de codornices con redes. Pero solo un viento del Señor (versículo 31) podría traer la cantidad de codornices que se informa en Números 11.

Entonces los israelitas (con la multitud mixta) se sentaron y comenzaron a atracarse. Tenían suficientes codornices para comer un mes *(cf.* versículo

20), pero el Señor no perdió tiempo dejándolos disfrutarlas. Había probado su lealtad hacia ellos, dándoles lo que querían, pero ellos habían fracasado miserablemente, así como Adán y Eva habían fracasado ante la prueba de lealtad en el Edén (Génesis 3).

Dios advirtió a Adán y a Eva que si comían el alimento prohibido morirían (Génesis 2:17). Sin embargo, aunque llegaron a ser mortales el mismo día que desobedecieron, misericordiosamente les permitió continuar viviendo por un tiempo. Pecaron, pero como no comprendían completamente las implicaciones de lo que habían hecho, había esperanza para ellos si se arrepentían. A diferencia de Adán y Eva, los israelitas habían recibido abundancia de oportunidades de saber exactamente lo que estaban haciendo. Muchos de ellos ya habían mostrado que estaban fuera del alcance de la redención. Por ello, el Señor los cortó de la comunidad. En el mismo día que comieron las codornices, murieron.

«Aún tenían la carne entre sus dientes, antes de haberla masticado, cuando la ira de Jehová se encendió contra el pueblo, y lo hirió Jehová con una plaga muy grande. Y llamaron a aquel lugar Kibrot-hataava, por cuanto allí sepultaron al pueblo codicioso» (Números 11:33, 34).

El texto no describe la naturaleza de la plaga ni dice cuántas personas murieron, pero parece que el número de los muertos fue muy elevado. El nombre del lugar significa «los sepulcros de los codiciosos».

En armonía con el hábil anuncio de la serpiente en el Edén, el mundo nos dice que el deseo justifica todo. Juan, el discípulo amado de Cristo, no está de acuerdo:

«No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque nada de lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Juan 2:15-17).

Jesús nos mostró el camino. Incluso después de ayunar durante cuarenta días, y de estar desesperadamente débil por el hambre, se negó a ser desleal a su Padre transformando una piedra en pan (Mateo 4:1-4). Realizar un milagro tal no era difícil para él; más tarde Jesús hizo algo parecido cuando multiplicó los panes y los peces para dar de comer a una multitud (Mateo 14). El problema era el origen de la sugerencia: el diablo, quien expresó sus dudas de que Jesús fuera el Hijo de Dios y, por ello, le pidió que lo probara. Pero Jesús, replicó: «Escrito está, "No solo de pan vivirá el hom-

© Recursos Escuela Sabática

bre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"» (Mateo 4:4). Aquellos que viven por la Palabra del Señor, la fuente de la vida, no terminarán en las tumbas de los codiciosos.

El poder y el racismo

La crítica dura es difícil de soportar, pero es especialmente hiriente cuando viene de los miembros más íntimos de la familia. Son las personas a quienes amamos y en quienes confíanos, y se supone que tienen un interés personal en nosotros. Como han estado con nosotros durante mucho tiempo, quizá desde que nacimos, nos conocen por dentro y por fuera.

Cuando los israelitas se quejaron de la comida, estaban atacando indirectamente el liderazgo de Dios y de Moisés, quien los sacó de Egipto (Números 11:4-6, 18, 20). Eso molestó grandemente a Moisés, quien deseó morir y pronunció un amargo discurso ante el Señor (versículos 11-15).

Ahora el pobre de Moisés enfrentó algo peor: la crítica directa de su liderazgo de parte de María y Aarón, sus propios hermanos. «María y Aarón hablaron contra Moisés a causa de la mujer cusita que había tomado, pues él había tomado una mujer cusita. Decían: "¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?"» (Números 12:1, 2).

La actitud de ellos perturbó tanto a Moisés que lo dejó sin palabras. Él era muy manso (versículo 3). Por eso Dios podía usarlo sin que su ego se interpusiera en el camino. ¿Podemos imaginar cómo sería la iglesia y el mundo si todos fuéramos como él, si los egos no obstaculizaran la paz, la cooperación, y el progreso? Moisés defendería poderosamente el honor de Dios, hasta con furia justificada (Éxodo 32:19-30, por ejemplo). Pero por ningún motivo inclinaba la balanza en su propio favor, ni en el de sus hermanos.

María era la hermana mayor, la que había vigilado al bebé Moisés cuando flotaba entre los juncos en el río Nilo (Éxodo 2:4, 7, 8). «María la profetisa» había guiado a las mujeres de Israel en el regocijo después de la liberación en el mar Rojo (Éxodo 15:20, 21). Aarón había sido el profeta de Moisés ante los israelitas y ante el faraón en Egipto (Éxodo 4:14-16, 29, 30; 5:1), y era el que Moisés había ungido como sumo sacerdote (Levítico 8:12). Siglos después, el Señor confirmó el papel importante de María y Aarón como compañeros de Moisés al guiar a los israelitas: «Te hice subir de la tierra de Egipto, te redimí de la casa de servidumbre y envié delante de ti a Moisés, a Aarón y a María» (Miqueas 6:4).

¿Qué había fallado? El hecho de que Números 12:1 mencione a María antes que a Aarón sugiere que ella instigó la crítica de Moisés por haberse casado con «una mujer cusita». Es verdad que Moisés se había casado con una mujer no israelita por las circunstancias en que se encontró después de haber huido de Egipto (Éxodo 3). Pero Séfora era madianita, y no encontramos evidencia en ninguna parte de que fuera cusita en absoluto. Tampoco la Biblia dice que Séfora hubiera muerto, ni indica claramente que Moisés se casara con una segunda esposa mientras ella vivía.

Parece que María, apoyada por Aarón, se refirió a Séfora como si hubiese sido etíope o sudanesa. Esto podría haber sido una calumnia racial exagerando el color más oscuro de la piel de Séfora, considerarla como inferior por esa razón y, por lo tanto, rebajar a Moisés uno o dos grados. Parece que los celos motivaron a la hermana. Séfora nunca había soportado la opresión en Egipto, y no volvió a reunirse con Moisés sino hasta después de que los israelitas estuvieron a salvo en el desierto (Éxodo 18:1-6). Ahora sería considerada como la «primera dama» de Israel, desplazando a María.

Sin embargo, ¿por qué María y Aarón querían reducir a Moisés al nivel de ellos? El motivo principal en esta rivalidad entre hermanos era el poder: el poder del liderazgo a través del don profético. «Decían: "¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?"» (Números 12:2). ¿Por qué surgió esto ahora? De acuerdo con el capítulo anterior (Números 11), Moisés había nombrado setenta ancianos para que lo ayudaran a gobernar al pueblo. El Señor había tomado algo del Espíritu que había en Moisés y lo puso en ellos; así, ellos compartieron su don profético (versículos 16-17, 24-30). Por lo tanto, era una idea de Dios, no de él. Sin embargo, María y Aarón se sentían desplazados por los setenta ancianos, a quienes Moisés había llamado sin consultarlo con ellos.

El Señor escuchó lo que María y Aarón estaban diciendo, lo cual era una crítica indirecta a él (Números 12:2). Dios los llamó para que vinieran con Moisés a la sede de su santuario para arbitrar su disputa doméstica (versículos 4, 5). Dios no negó que había dado el don de profecía a Aarón y a María (versículo 6). Pero les recordó que había asignado a Moisés una función especial. Su hermano era más que un profeta: «Mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Cara a cara hablaré con él, claramente y no con enigmas, y verá la apariencia de Jehová. ¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?» (versículos 7, 8). Moisés era único entonces, y siguió siéndolo después. Después de su muerte, «nunca más se levantó un profeta en Israel como Moisés, a quien Jehová conoció cara a cara» (Deuteronomio 34:10).

© Recursos Escuela Sabática

María y Aarón ya sabían que el Señor había escogido a Moisés para usarlo de forma especial. Así que la pregunta lógica para ellos era: «¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?» Cuando el Señor se fue enojado, María vio horrorizada que su piel era escamosa; era una enfermedad que le daba la blancura de la nieve (versículos 9, 10; para un castigo divino semejante, ver 2 Reyes 5:27; 15:5; 2 Crónicas 26:20).

«Como nieve» podría referirse a una textura escamosa, pero también podría describir a una piel blanca brillante. El castigo de María estaba de acuerdo con su delito. Había menospreciado a la esposa de Moisés por su piel. Ahora su piel era un desastre. De hecho, probablemente era mucho más blanca de lo normal, como si Dios le estuviera diciendo: «¿No piensas que el color oscuro es hermoso? Muy bien. ¡Veremos cuánto te gusta lo opuesto!»

Eso es lo que Dios piensa del racismo. Es lepra moral. Por desgracia, el racismo todavía existe entre nosotros en los tiempos modernos. La película *Hotel Ruanda,* rodada el año 2004, cuenta la historia verídica de Paul Rusesabagina en sus esfuerzos por salvar a más de mil personas del genocidio de Ruanda de 1994. El racismo fue la raíz de los conflictos de ese país, que llevó a la muerte a más de ochocientas mil personas.

Como Moisés y Séfora, Paul y su esposa Tatiana eran de diferentes grupos étnicos. Paul era *hutu* y Tatiana era *tutsi*. Los colonizadores belgas habían resaltado las diferencias entre las dos tribus hacia 1900, cuando denominaron «tutsis» a las personas de nariz larga y piel clara (de apariencia más europea), y los llamaron a desempeñar funciones de liderazgo sobre el resto de la población, a quienes apodaron «hutus». De este favoritismo, y del subsiguiente antagonismo, surgió una lucha encarnizada. Paul Rusesabagina, al principio solo quería proteger a su esposa tutsi y a sus hijos, y terminó salvando a más de mil tutsis y hutus moderados en el hotel que él administraba. [2]

El racismo, como el pecado mismo, es universal. Existe en toda la tierra y en todas las épocas, y no solamente provoca una rápida limpieza étnica brutal, sino que se esparce muy sutilmente en los lugares de trabajo, las escuelas y las iglesias. No solo es injusto porque las personas nacen con su raza y no pueden cambiarla (Jeremías 13:23), sino que es un insulto a Dios, quien creó a todos sus hijos humanos de un origen común (Hechos 17:26). Es el poder el que da excusas para marginar, explotar, oprimir o culpar a

[2] http://news.nationalgeographic.com/news/2004/12/1209_hotel_rwanda.html; http://en.wikedia.org/wiki/Tutsi

© Recursos Escuela Sabática

aquellos que no son exactamente como nosotros para posicionarnos o protegernos a sus expensas.

Rosa Parks y Martin Luther King, Jr., descansan en paz. Sin embargo, su obra todavía no está terminada, ni siquiera en la iglesia cristiana. Es fácil y cómodo vivir negando la realidad, descartando el racismo como algo pasado o remoto. No obstante, comenzando en nuestro propio corazón, necesitamos desarraigar los callados pero mortíferos prejuicios, las discriminaciones y la esclavitud que se encuentran entre nosotros. En vez de abogar por la simple «tolerancia», debemos gozarnos en la riqueza del don de la diversidad dado por Dios, aprovechando todos nuestros puntos fuertes en la dinámica del cuerpo unido de Cristo *(cf.* 1 Corintios 12).

La unidad en nuestra comunidad mundial multicultural, que puede testificar de forma espectacular sobre el poder de Cristo entre nosotros, requiere tiempo, pensamiento, sensibilidad, así como mucha comunicación honesta y abierta. Por medio de la cooperación con Dios, aceptamos su don de amor a través del Espíritu Santo (Romanos 5:5). Y nos abre la intercesión de Jesús, quien oró a favor de todos sus seguidores poco antes de que fuera traicionado por ser el tipo de persona diferente que era: «Para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el inundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado» (Juan 17:21-23).

Hay redención, incluso para el pecado de racismo. Aarón, el sumo sacerdote, era intercesor señalado para su pueblo. Sin embargo, imploró el perdón a favor de sí mismo y de María, y por la salud de su hermana, cuya apariencia descompuesta reflejaba la actitud que había expresado hacia Séfora y Moisés (Números 12:11, 12). Corno en Tabera, Moisés intercedió (versículo 13; *cf.* 11:2). María fue sanada. Sin embargo, como ella se contaba entre los dirigentes, su pecado y restauración constituían un asunto público. Habiendo intentado excluir a Séfora para dañar el liderazgo de Moisés, el siervo del Señor; fue separada del campamento durante siete días antes que los israelitas continuaran su viaje. Muchos años antes María había esperado para ver lo que le ocurriría a Moisés en la ribera del río Nilo. Esta vez, él y toda la comunidad la esperaron a ella (Números 12:14, 15).

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática